DOMINGO SANTA CRUZ WILSON

DATOS BIOGRAFICOS

Nació el 5 de Julio de 1899, en el fundo Pocochay, en La Cruz, provincia de Valparaíso. Séptimo hijo de D. Vicente Santa Cruz Vargas (1850-1910), abogado, diplomático y político y de Da. Laura Wilson Navarrete (1856-1943).

Hizo sus primeros estudios en un Kindergarten inglés (1906) y luego en el Instituto de Humanidades de la Univ. Católica (1907-1908) y cursó Humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones, (Padres Franceses), 1909-1915. En este colegio agrega a sus estudios corrientes los de música como alumno de violín de D. Eulogio Flores. En 1914 funda en el mismo colegio un conjunto orquestal, que dirige, formado por los alumnos de cuerdas.

Obtuvo el grado de Bachiller en Humanidades el 6 de Enero de 1916 e ingresó a la Universidad de Chile a la Escuela de Medicina, que muy pronto abandonó para incorporarse a la de Derecho de la misma Universidad. Sigue todo el curso de Derecho y obtiene en 1919 (7 de Julio), el Bachillerato en Leyes y Ciencias Políticas y la Licenciatura en 1921 (2 de Septiembre) y rinde el examen de Abogado ante la Corte Suprema el 10 de Septiembre de 1921. La tesis de Licenciatura versó sobre «El derecho de Patronato de la República de Chile ante el criterio moderno» (136 p. Imp. Cervantes).

Durante los estudios de Derecho continuó con los de música: violín (1916-1917), Composición, como alumno privado del Director del Conservatorio Nacional, D. Enrique Soro (armonía y contrapunto), desde 1917 hasta 1920. Tuvo clases de piano con D. Alberto García Guerrero (1918-19) y siguió el Curso de Latín con D. Emilio Vaïse (Omer Emeth) desde 1918. Hizo el servicio militar en la artillería (Grupo General Escala), como oficial de reserva (1920).

Al salir de las Humanidades fundó en su casa un «Centro Musical», pequeño conjunto orquestal que se reunía a leer música de cámara (1916). En 1917, fundó en su casa, calle San Antonio 530, un conjunto coral a cappella, de voces de hombre, que se denominó «Sociedad Bach». El 2 de Agosto de 1919 presentó su primera obra en público, un «Te Deum» (posteriormente destruído), para coro mixto, con niños, tenor y bajo solistas, cuerdas y órgano.

Doce días después de recibir su título de abogado, fué nombrado Segundo Secretario de la Legación de Chile en España (21-Sept.-1921) y parte a Europa en Diciembre.

Reside en Madrid durante los años 1922 y 1923. Durante estos años prosigue sus estudios de Composición con el Prof. y composi-

tor don Conrado del Campo (fuga, formas y orquestación). Realiza varios viajes, no sólo a París, a donde va muchas veces, sino que también a Holanda, Bélgica, Alemania y Austria. Recorre las ciudades en donde vivió J. Seb. Bach (Eisenach, Cöthen, Arnstadt, Weimar, Leipzig, Dresden), visita bibliotecas y asiste a festivales. Concurre a los Festivales Wagnerianos de 1922 en München y visita Bayreuth, Bamberg, Nürenberg, Berlín, etc. Recorre gran parte de Francia y de España. Contrae matrimonio en París con Wanda Morla Lynch (hija del diplomático chileno D. Carlos Morla Vicuña y de Da. Luisa Lynch Solar). Regresa a Chile en Diciembre de 1923, al Ministerio de Relaciones Exteriores y es destinado a la Sección Confidencial (Clave).

El 25 de Diciembre de 1923, al reorganizarse la Sociedad Bach, que había continuado existiendo desde 1917, es elegido nuevamente Director de ella y le cupo desde ese momento, por diez años consecutivos, llevar la presidencia y la dirección artística de esta Sociedad y por consiguiente intervenir personalmente en todas las gestiones y campañas que ella desarrolló. En la Sociedad Bach ejerció el cargo de Director del Coro Mixto. A partir de 1924, D. S. C. ha tenido las siguientes actuaciones y cargos:

1924.

Preside la Asamblea Inaugural de la Sociedad Bach como entidad pública (1.° de Abril), en la Biblioteca Nacional antigua y redacta el discurso programa de su futura acción.

Dirige el primer concierto que ella da (11 de Julio), dedicado a obras de Bach. (Estreno en Chile de un Concierto Brandenburgués, el N.° 3, y del Concierto para dos pianos y cuerdas en do menor. Solistas: Claudio Arrau y Armando Palacios).

Dirige la primera presentación coral pública de la Sociedad (12 de Noviembre), seguramente la primera vez que en Chile un coro mixto cantó en público obras polifónicas del Renacimiento, (Roselli, Palestrina, Gabrieli, Lassus, Victoria, Costeley).

Desde el 1.° de Julio queda a firme en el Ministerio de Relaciones Exteriores en la Sección Clave.

1925.

1.° de Enero.—Dirige un «Concierto Espiritual», obras de órgano y música polifónica renacentista en la Basílica de la Merced.

Traduce y prepara el Oratorio de Navidad de Bach y ejecuta en él el bajo continuo en órgano.

Redacta el Decreto-Ley 701, creando los pensionados musicales a Europa.

Miembro de la Comisión de Reforma del Conservatorio Nacional de Música (Noviembre), y redactor del proyecto del Decreto-Ley 801, que creó el Consejo de Enseñanza Musical.

1926.

Pasa a las oficinas de la Subsecretaría de Relaciones (1.° de Enero).

Dirige el estreno de la Misa «Quarti Toni» de Victoria y otra serie de obras polifónicas, entre las cuales las primeras ejecuciones de las canciones corales de Debussy y Ravel. Dirige (25 de Noviembre), el primer concierto polifónico completo de la Sociedad Bach en el Teatro Municipal, con un programa íntegro a cappella.

1927.

Como consecuencia de la muerte de su esposa (14 de Abril de 1926), resuelve cambiar sus trabajos y dejar el Ministerio de Relaciones Exteriores para dedicarse por entero a la música.

Preside la Conmemoración Oficial del Centenario de la muerte de Beethoven (27 de Marzo) y pronuncia el discurso en nombre de la Sociedad Bach. (Salón de Honor de la Universidad de Chile).

Funda y organiza el Conservatorio Bach y forma parte de la Comisión que elabora su plan de estudios (más tarde adoptado por el Conservatorio Nacional). Coopera en la fundación de la Revista Musical «Marsyas» y escribe en ella. Dicta conferencias sobre Claude Debussy y toma a su cargo la cátedra de Historia de la Música en el Conservatorio Bach.

En el mes de Mayo es nombrado miembro del Consejo de la Dirección General de Enseñanza Artística (Sección Música). En el establecimiento de esta Dirección le cupo una activa participación.

1928.

Miembro de la Comisión que estudió la reorganización del Conservatorio Nacional de Música (Enero-Febrero).

Nombrado Profesor de Historia de la Música y de Análisis de la Composición (Composición Analítica), el 1.° de Marzo.

Prepara las primeras cantatas de Bach ejecutadas en el país, las N.os 105 y 106 (Actus Tragicus). Hace las traducciones de ambas.

Dicta conferencias sobre Schubert, con ocasión del Centenario de su muerte.

Redacta el Reglamento de Pensionados a Europa, que es decretado por el Gobierno y cumplido por primera y única vez.

Estrena sus «Viñetas» para piano en el Salón Oficial de Artes Plásticas (Partenon de la Quinta Normal de Agricultura).

1929.

Dicta conferencias sobre Monteverdi en la Sociedad Bach, ilustradas con partes de sus óperas y con madrigales, obras, todas ellas, no oídas aún en Chile.

Dicta conferencias sobre «La polifonía profana en el Renacimiento», en la Sala de Conciertos del Conservatorio. Primeras ejecuciones, en estas conferencias, de madrigales de Palestrina, Marenzio, Monteverdi y del Príncipe de Venosa. Obras que él preparó y dirigió.

Toma parte en las reuniones a que el Ministro de Educación convocó para estudiar la creación de la Facultad de Bellas Artes.

1930.

En conformidad al D. F. L. N.° 6.348, de 31 de Diciembre de 1929, que estructuró la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pasó a formar parte de ella con las cátedras de Historia de la Música y Análisis de la Composición.

Dirige conciertos corales de la Sociedad Bach y en el Conservatorio dicta conferencias acerca del «Madrigal italiano»: en una de ellas presenta nuevas obras de Arcadelt, Gero, Palestrina, Marenzio, Venosa y Monteverdi.

Compone su Cuarteto de Cuerdas N.° 1.

1931.

Da una conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en que presenta las primeras ejecuciones en Chile de obras de la Edad Media, entre ellas, partes de la «Misa de la Coronación» de Guillaume de Machault.

Participa como miembro fundador de la «Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos».

Es elegido por la Facultad de Bellas Artes como delegado a la Comisión de Reforma Universitaria.

1932.

Al reunirse la Comisión de Reforma Universitaria, integrada

por todas las Facultades, los alumnos y egresados, es nombrado Vice-Presidente de ella.

Como Vice-Presidente de la mencionada Comisión, al renunciar el Consejo Universitario le cupo redactar el Decreto Ley que creó el Consejo Ejecutivo de la Universidad y en conformidad a él, la Universidad se rigió hasta Septiembre de 1933.

El personal docente completo que dependía de la Facultad de Bellas Artes lo elige representante en el Consejo Ejecutivo y en ese carácter Decano interino de la Facultad. (2 de Agosto).

Obtiene la reorganización de la Facultad de Bellas Artes y redacta el Decreto que le da, por fin, una fisonomía idéntica a las demás que integran la Universidad (26 de Septiembre).

Interviene en la redacción y obtiene el despacho de los decretos que reforman: el Salón Oficial de Artes Plásticas (5 de Nov.) y el paso a la Universidad de todos los Certámenes anexos a los Salones. Redacta las bases del Certamen van Buren con los albaceas del fundador.

Forma parte del Consejo del Museo de Bellas Artes.

Redacta los Estatutos y obtiene la aprobación universitaria de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos (28 de Nov.); en ella pasa a representar a la Universidad en el Consejo Directivo.

Desde el mes de Octubre edita la revista musical «Aulos» por su cuenta. (Aparecieron 12 números).

1933.

Obtiene que la Universidad de Chile dote a la Facultad de Bellas Artes de una sede independiente que se instala en la calle Huérfanos 1373.

Miembro de la Comisión que estudió la correlación de los estudios artísticos con los grados universitarios (con los educadores D. Luis Galdames y D. Darío Salas), (25 de Enero).

Promueve la creación del Instituto Secundario de la Facultad de Bellas Artes (26 de Junio).

Decano en propiedad de la Facultad de Bellas Artes (29 Septiembre).

1934.

Funda y dirige la «Revista de Arte» de la Facultad de Bellas Artes (Junio).

Promueve el establecimiento de las transmisiones radiales de la Facultad, que se encarga personalmente de llevar adelante.

1935.

Miembro fundador de la Asociación Nacional de Compositores y elegido Secretario de ella.

1936.

Profesor de la II Escuela de Verano (Apreciación Musical).

Miembro de la Comisión que estudió la racionalización del manejo económico de la Universidad. (Con la Sra. Amanda Labarca y D. Gustavo Lira).

Es reelegido por segunda vez, Decano de Bellas Artes (14 de Octubre).

1937.

Profesor de la III Escuela de Verano (Apreciación Musical y Repertorio e interpretación coral).

Toma parte en las iniciativas del Proyecto de Ley que establecía la Orquesta Sinfónica Nacional. Redacta los considerandos y el ante-proyecto mismo.

1938.

Dicta un curso público de análisis del «Clavecín bien temperado» de Bach, que dura seis meses.

1939.

Es nombrado Jefe de Extensión Artística de la Universidad, al crearse el Departamento correspondiente (1.° de Enero).

Miembro de la Comisión que estudió las iniciativas del Presidente Aguirre Cerda sobre fomento de las actividades culturales.

Participa en la redacción del Proyecto de Ley que el senador don Maximiano Errázuriz presentó y que es el texto de la Ley 6.696, que creó el Instituto de Extensión Musical. En las discusiones de este proyecto representó a la Universidad ante el Senado, participando varias veces en los debates de la Comisión de Educación.

Es elegido Decano de la Facultad de Bellas Artes para un nuevo período (10 de Octubre), (3ra. elección en propiedad).

1940.

Asume la dirección del Instituto de Extensión Musical en su calidad de Decano de la Facultad de Bellas Artes, al dictarse la ley de 2 de Octubre. Le corresponde, en consecuencia, presidir la organización de la Orquesta Sinfónica de Chile, del Ballet y de los organismos de cámara.

1941.

Inaugura el 7 de Enero las actividades del Instituto de Extensión Musical, con un discurso oficial en nombre de la Junta Directiva.

Es invitado a los Estados Unidos de N. A. por el Departamento de Estado y permanece allá durante tres meses, visitando universidades, museos, escuelas artísticas y echando las bases del futuro intercambio cultural en el terreno de las artes plásticas y de la música. Dicta conferencias en Filadelfia, Chicago, Universidad de Michigan (Ann Arbor), Rochester (N. Y.), Boston y New Haven. Da a conocer obras de los compositores chilenos.

Obtiene el Premio de Honor en el Concurso de Composición del IV Centenario de Santiago (Jurados: Aarón Copland, O. Lorenzo Fernández y Honorio Siccardi) con su «Cantata de los Ríos de Chile» y dos colecciones de coros a cappella.

1942.

Promueve la reforma de la Facultad de Bellas Artes que es aprobada por el Gobierno.

Es nombrado Profesor de Composición en la vacante dejada por don Humberto Allende, que jubila (1.° de Abril).

Es invitado por la Unión Panamericana y por la Music Educators National Conference a los EE. UU. Concurre a la inauguración de la Exposición chilena destinada a circular en ese país, en la ciudad de Toledo, Ohio y concurre al Congreso Bienal de Educación Musical de Milwaukee. Permanece algunos meses en Estados Unidos y obtiene sustanciales ayudas de parte de Mr. Nelson Rockefeller para la vida musical chilena: equipos de grabaciones, microfilm, blueprint, etc. que se destinan al Conservatorio. Regresa visitando Méjico, Panamá, Venezuela, Brasil y Argentina.

Le corresponde llevar adelante las gestiones para incorporar el Instituto de Extensión Musical a la Universidad de Chile, lo que se consigue mediante la fórmula que propone.

Es reelegido por cuarta vez, Decano de la Facultad de Bellas Artes (Octubre).

1944.

Como Decano más antiguo, le corresponde en adelante, ser Vice-Rector de la Universidad.

Promueve la fundación del Instituto de Investigaciones Folklóricas (26 de Abril).

Redacta una nueva constitución de las cátedras del Conservatorio, que es aprobada.

1945.

Es nombrado miembro de la Comisión de Reforma Universitaria por el Consejo Universitario.

Propone la creación de la Revista Musical Chilena, que se funda en Mayo.

Propone la fundación del Instituto de Extensión de las Artes Plásticas, que se aprueba (18 de Mayo).

Se incorpora a la Junta Superior de Extensión Universitaria creada a petición suya (4 de Julio).

Participa en la Comisión Reorganizadora de la Facultad de Arquitectura.

Es elegido nuevamente por quinta vez Decano de la Facultad de Bellas Artes en Septiembre.

Colabora en la fundación del Coro Universitario.

1946.

Es nombrado Jefe de Extensión Musical y en ese carácter sigue como Director del Instituto.

Forma parte de una nueva Comisión de Reforma Universitaria, presidida por la Sra. Amanda Labarca.

Propone la creación del Instituto de Investigaciones Musicales que, en forma más amplia, realizaría las investigaciones folklóricas, pedagógicas, históricas, etc.

1947.

Obtiene una Mención Honrosa con su Sinfonía N.° 1 en el Concurso Interamericano de Composición, organizado por Mr. Henry H. Reichhold.

Propone el proyecto de creación de los estímulos a la composición musical, consistentes en los Premios por Obras y en los Festivales de Música Chilena (13 de Agosto), proyectos que son aprobados.

1948.

Toma la iniciativa de pedir al Consejo Universitario la división de la Facultad de Bellas Artes, en virtud de su crecimiento. Esta división es acordada y ratificada posteriormente por Decreto del Gobierno (14 de Junio).

Es nombrado Director del Instituto de Extensión Musical, en propiedad, cargo que se crea suprimiendo el Departamento universitario que lo regía e incorporando el Instituto a la dependencia de la Facultad (1.° de Enero).

Como Vice-Rector de la Universidad, reemplaza al Rector don Juvenal Hernández desde el 17 de Marzo al 11 de Mayo.

Obtiene el Primer Premio de Música de Cámara en el Festival de Música Chilena correspondiente a ese año, con su Cuarteto N.° 2.

Es designado Decano interino de la nueva Facultad de Ciencias y Artes Musicales y luego elegido Decano en propiedad (sexta elección).

1949.

Preside la Delegación Chilena al Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas, realizado en la ciudad de Guatemala y suscribe, en nombre de la Universidad de Chile, la creación de la «Unión de Universidades Latinoamericanas». En dicho Congreso se fija a Santiago de Chile como sede del futuro Congreso. A su regreso de Guatemala visita Panamá y el Perú. En la ciudad de Lima es recibido en forma oficial por la Universidad de San Marcos y dicta conferencias en la Facultad de Letras de dicha Universidad y en el Conservatorio Nacional de Música del Perú.

En la conmemoración del Primer Centenario de la Fundación del Conservatorio Nacional de Chile (26 de Octubre de este año), pronuncia el discurso oficial en nombre de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales.

1950.

Traduce al castellano la Pasión según San Juan, de Bach, y preside los Festivales conmemorativos del Segundo Centenario de la muerte de Juan Sebastián Bach.

Participa en la Comisión designada por el Gobierno para estudiar la nueva reglamentación de la Radiodifusión.

El 2 de Octubre pronuncia el discurso conmemorativo del décimo aniversario de la fundación del Instituto de Extensión Musical.

En el segundo Festival de Música Chilena, obtiene el Premio de Honor con la ejecución de su Egloga para soprano, coro mixto y orquesta.

1951.

En Enero dicta una conferencia sobre la evolución de la enseñanza universitaria en Chile durante la primera mitad del siglo XX.

Por ausencia del Rector, le corresponde nuevamente asumir como Vice Rector, el gobierno de la Universidad de Chile (18 de Abril a 8 de Agosto).

Obtiene el Premio Nacional de Arte.

Promueve la fundación de la Asociación de Discófilos de Chile.

Es reelegido Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales (23 de Agosto), como séptima elección.

LISTA COMPLETA DE LAS OBRAS DE DOMINGO SANTA CRUZ

Op.	Nombre	Medio de ejecución	Año de creación	Edición	Duración aproximada	Fecha y lugar de estreno
1	Tres Preludios	Piano	1918	MS.	—	—
2	Dos Canciones de R. Tagore, en francés	Canto y piano	1919	MS.	—	—
3	Coros:					
	Nisi Dominum	TTBB	1919-1920	MS.	—	—
	Ave María	SATB				
	Libera me Domine	SATB				
4	Te Deum	SATB, órgano y orq. de cuerdas	1919	(Destruído)	—	2-VIII-1919 Iglesia San Alfonso
s. n.	«Dans les bois»	TTBB	1919	MS.	—	—
5	«Pensées poétiques» (R. Tagore) *a) Reverie* *b) Chant d'allégresse* *c) Poème LXVII* *d) Poème II*	Canto y piano	1919	MS.	—	—
6	Cuatro Canciones *a) La vida* (G. Yoacham) *b) Todo pasa* (G. Yoacham) *c) L'Ideal* (S. Prudhomme) *d)* Lecture a deux (S. Prudhomme)	Canto y piano	1921	MS.	—	—
s. n.	«Le ciel en nuit s'est déplié» (E. Verhaeren)	Canto y piano	1925	MS.	—	—

Op.	Nombre	Medio de ejecución	Año de creación	Edición	Duración aproximada	Fecha y lugar de estreno
7	Dos Canciones Corales: *a) Gemía la tórtola* (M. Jara) *b) Rocío* (G. Mistral)	SATB	1926	Edit. por el autor	——	——
8	«Viñetas» (Cuatro Piezas)	Piano	1925-1927	Edit. por el autor		Diciembre 1928 (Salón Oficial de Artes Plásticas)
9	«Cuatro Poemas de Gabriela Mistral» *a) Arbol muerto* *b) Piececitos* *c) Tres árboles* *d) La lluvia lenta*	Canto y piano	1927	I. E. M.		Dic. 1932
10	«Cantos de Soledad» (Textos del autor): *a) Dolor* *b) Madre mía* *c) Canción de Cuna*	Canto y piano	1927-1928	Edit. por el autor (Rev. Aulos)		
11	«Cinco poemas trágicos»	Piano	1929	Edit. por el autor		
12	Cuarteto N.° 1 (4 movimientos)	Cuerdas	1930	I. E. M.	38 min.	Agosto 1932
13	«Imágenes Infantiles». Dos series de 4 trozos cada una	Piano	1932	Edit. por el autor		

Op.	Nombre	Medio de ejecución	Año de creación	Edición	Duración aproximada	Fecha y lugar de estreno
s. n.	«Serenidad» (preludio)	Piano	1933	Boletín de música (1938)	—	—
14	«Cinco piezas para orq. de cuerdas»	Orquesta de cuerdas	1937	I. E. M.	22′ 20″	31-V-1937 (Carvajal)
15	Tres piezas para violín y piano	Violín y piano	1937	New Music Ed. (N. Y.)	—	—
16	Cinco canciones para coro mixto o solistas (Textos del autor) *a) El alcanfor* *b) Primaveral* *c) Romance del Nogal* *d) Canción de Cuna* *e) Romance del Peñón*	SATB	1940	I. E. M.	—	—
17	3 Madrigales (Textos del autor) *a) Barcos quietos* *b) La malanueva* *c) Romance de las tres torres*	SAATB	1940	I. E. M.	—	—
18	Tres canciones para coro de hombres: *a) Al son de los arroyuelos* (L. de Vega) *b) Salmo LI* (paráfrasis)	TTBB	1941	I. E. M.	—	—

Op.	Nombre	Medio de ejecución	Año de creación	Edición	Duración aproximada	Fecha y lugar de estreno
	c) Moza tan fermosa (M. de Santillana					
19	«Cantata de los ríos de Chile» (Textos de la autor)	3333-4431-Perc. 2A-SATB. Cuerdas	1941	I. E. M.	31′	27-XI-1942 (Carvajal
20	«Variaciones en 3 movimientos» para piano y orquesta	3333-4431-Perc. xl. piano solista y cuerdas	1942 1943	I. E. M.	38′	25-VI-1943 (Carvajal y Hugo Fernández)
21	«Sinfonía Concertante», con flauta solista	0121-2100-Piano, flauta solista y cuerdas	1945	I. E. M.	20′	29-IX-1945 (Tevah-Van Vactor)
22	Primera Sinfonía (en Fa)	3333-4431-perc., cel. y cuerdas	1945-1946	I. E. M.	32′ 05″	28-V-1948 (Tevah)
23	«Preludios Dramáticos»	3333-4331-Timp. perc. cuerdas	1946	I. E. M.	16′	30-VIII-1946 (Carvajal)
24	Cuarteto N.º 2	Cuerdas	1946-1947	I. E. M.	25′ 05″	30-XI-1948
25	Segunda Sinfonía	Orquesta de cuerdas	1948	I. E. M.	21′ 25″	26-XI-1948 (Tevah)
26	«Egloga» para sopr. coro mixto y orq. (Lope de Vega)	333-4431-Timp. perc. cuerdas-sopr. SATB	1949	I. E. M.	28′	24-XI-1950

Op.	Nombre	Medio de ejecución	Año de creación	Edición	Duración aproximada	Fecha y lugar de estreno
27	«Cantares de la Pascua» (10 obras con texto del autor)	SSAA	1949	I. E. M.		7-XII-1950 (Coro Ana Magdalena Bach-dir. Canales)
28	«Seis canciones de Primavera» (Texto del autor)	SATB	1950	I. E. M.		7-XII-1950 Coro de Madrigalistas-dir. Soublette)

Artículos sobre música

ARTICULOS polémicos numerosos que aparecen en todos los diarios a partir de Abril de 1924 en que la discusión acerca de la «Mala Música Religiosa» enciende el primer debate periodístico de la Sociedad Bach. Los artículos de Domingo Santa Cruz aparecen sobre todo en «El Mercurio» desde ese año, 1924; también en «La Nación», «El Diario Ilustrado», «El Imparcial», «La Hora», «Las Ultimas Noticias», «Los Tiempos» y en algunos semanarios.

En la revista «Marsyas» (1927-1928)

Los Cuartetos de Beethoven (N.° 1, p. 10) (N.° 3, p. 95).
Por qué el Conservatorio no ha llenado su misión cultural (N.° 3, p. 73).
Claude Achile Debussy (N.° 5, p. 153).
Alexander N. Scriabin (N.° 10, p. 363).
El Culto Católico y la Mala Música (N.° 11, p. 409).
(Y artículos de Crónica, Crítica de libros, ediciones y revistas).

EN LA REVISTA «AULOS».

Hacia una mejor comprensión de la música (N.° 1, X-32).

Editoriales:

Lo que somos.
El más grave problema de la cultura musical de Chile: la enseñanza en escuelas y colegios (N.° 2, XI-32).
Teatros que yerran sus funciones (N.° 3, XII-32).
El primer concurso periódico de composición musical (N.° 4, I-II-33).
Los conciertos y su finalidad musical (N.° 5, III-IV-33).
La Sociedad Bach y su misión histórica (N.° 6, VI-VII-33).
Una reforma indispensable (los programas secundarios) (N.° 7, I-II-34).
Redactó toda la crítica de conciertos, de libros, ediciones, noticias, etc., firmadas «S» o a voces sin firma.

REVISTA DE ARTE.

El valor cultural de los discos (N.° 1, p. 10).
Rumbos de la Historia Musical (N.° 3, X-XI-34).
La transfiguración de Bach (N.° 4, p. 2).

Editoriales:

Cultura Artística (VI-VII-34).
Enseñanza artística universitaria (N.° 2, VIII-IX-34).
Exigencias de cultura intelectual en la enseñanza artística (N.° 4, XII-34, III-35).
Pro y contra en el arte (N.° 7-1935).
Y artículos de crítica y crónica firmados «S» o «S. C.» (hasta 1938).

EN LA REVISTA MUSICAL CHILENA

La música contemporánea en los conciertos (N.° 1, p. 17-V-1945).
Las Masas y la Vida Musical (N.° 15, p. 11, X-1946).
Las normas musicales del comunismo (N.° 34, p. 7, VI-VII-1949).
La Fuga en la obra de Bach (N.° 38, p. 16. Invierno 1950).
El Concierto para piano y orquesta en la obra de Juan Orrego Salas (N.° 39, p. 33. Primavera 1950).
Mis recuerdos sobre la Sociedad Bach (N.° 40, p. 8. Verano 1950-1951).

Editoriales:

Intercambio Musical con el Perú (N.° 10, p. 3. IV-1946).
La Asociación de Educación Musical (N.° 11, p. 3. V-1946).

Salas de Conciertos (N.° 12, p. 3. VI-1946).
Sobre la crítica musical (N.° 13, p. 3. VII-VIII-1946).
Estímulo a la música chilena (N.° 14, p. 3. IX-1946).
La tradicional ópera de Septiembre (N.° 15, p. 3. X-1946).
Las actividades corales (N.° 16, p. 3. XI-1946).
El Instituto de Investigaciones Musicales (N.os 17-18, p. 3. XII-1946-I-1947).
Música Chilena en la radio (N.° 19, p. 3. IV-1947).
El fanatismo político y los conciertos (N.° 20-21. V-VI-1947).
Plan de fomento a la creación musical (N.° 24, p. 3. IX-47).
En torno a la música de cámara (N.os 25-26, p. 3. X-XI-1947).
Unidad de las entidades musicales (N.° 27, p. 3-XII-1947).
Música de la tierra de nadie (N.° 28, p. 3. IV-V-1948).
La Facultad de Ciencias y Artes Musicales (N.° 29, p. 3. VI-VII-1949).
Enrique Soro y nuestra música (N.° 30, p. 3. VIII-IX-1948).
Jerarquía musical de Chile (N.° 31, p. 3. XII-1948-I-1949).
Premios y Festivales (N.° 31, p. 3. XII-1948-I-1949).
El canto en español (N.° 33, p. 3. IV-V-1949).
Centenario del Conservatorio (N.os 35-36, p. 3. VIII-XI-1949).
Medio Siglo - La Radio (N.° 37, p. 3. Otoño 1950).
Tempestad fracasada (N.° 41, p. 5. Otoño 1951).
Obras corales en idioma castellano (N.° 41, p. 10. Otoño 1951).
Centro de Documentación de Música Internacional (N.° 41, p. 14. Otoño 1951).

OPINAN SOBRE DOMINGO SANTA CRUZ W.

ALFONSO BULNES.—(Escritor chileno).

Sin inspiración, el arte no florece; sin una trabajada cultura, no llega el arte a cuajar en frutos duraderos; el Premio Nacional otorgado a Domingo Santa Cruz ha consagrado definitivamente una obra en que inspiración y cultura musical se expresan en perfecto equilibrio.

La inspiración ha asomado a la luz las complejas reacciones sensibles de Santa Cruz ante la vida, desde sus corrientes más profundas, allí donde la alegría desemboca a veces en dolor, y a los instantes de serenidad suceden minutos de tragedia; es este calidoscopio emocional, en que las imágenes continuamente se desplazan y se agrupan en formas inéditas, la configuración necesaria del alma del artista.

El artista se enciende y se consume sin tregua; con el artista creador, la naturaleza se muestra despiadada y no le ofrece otra continuidad que aquella de verter sus dolorosas contradicciones. Pero en Domingo Santa Cruz la naturaleza rompió sus moldes habituales, y a la par de emociones y de ritmos le enriqueció con dotes extraordinarias, escasamente otorgadas al artista.

Junto al creador, cuya obra refleja de modo auténtico y sabio la época en que le ha tocado vivir, hay en él un organizador social, una voluntad de empresa y dirección infatigable en vastas iniciativas, también los fértiles recursos del hombre que sortea dificultades; si estas condiciones añadidas le hubiesen inclinado hacia otros sectores de la actividad social, habría triunfado en política y hoy su nombre estaría ligado a grandes aciertos de administración.

Pero prefirió jerarquía espiritual más pura, y esas grandes fuerzas añadidas las consagró a la colectividad en el solo fin de elevar la cultura musical, después de asentarla en bases indestructibles; en esta misión social de su vida, paralela a la del creador de ritmos individuales, le sirvieron su clara visión y su paciencia.

El panorama artístico que rodeó sus primeros años era casi un desierto; sólo por aquí y por allá, altos nombres aislados; faltaba, en la árida superficie, la amenidad de los prados para que el público transitase por ella; faltaba el riego generoso para que el erial se transformase en campo de esparcimiento. Y entonces Domingo Santa Cruz, con ese don misterioso de los captadores de corrientes subterráneas, sintió temblar en sus manos la varilla vegetal e hizo aflorar las corrientes. Hoy el público, antes esquivo, acude presuroso a los sones orquestales, y las dotes organizadoras y directivas de Santa Cruz han levantado estructuras oficiales al servicio exclusivo de la música. Compositores y ejecutantes son ya un prestigioso gremio del cual no podría prescindir la vida nacional, y hay en Chile por primera vez una actividad musical constante que en el extranjero se conoce.

Recio y vehemente, autoritario y dúctil, detallista y sintético, apasionado y comprensivo, Santa Cruz urge al minuto y sabe contemporizar; y así, urgiendo y contemporizando, ha adquirido la di-

fícil técnica de que no expire ningún minuto vacío. El laurel nacional le ciñe en su mediodía, y es cosa que pasma ver que en ese mediodía cabe lo que suficientemente llenaría una excepcional jornada completa; y el laurel nacional llena esta vez la doble misión de premio al artista creador y de reconocimiento al servidor de la cultura chilena.

A. B.

PIERRE CAPDEVIELLE.—(Vice-Presidente de la S. I. M. C.).

Es honra para los países el saber honrar a los hombres destacados de su «elite». Es por ello que los músicos de Francia han sentido un profundo regocijo ante la alta distinción de que ha sido objeto el Maestro Domingo Santa Cruz, al otorgársele el Premio Nacional de Arte.

Por mi parte saludo con emoción, deferencia y cordialidad a este músico eminente, cuyas creaciones se sitúan en el primer plano de la producción musical contemporánea y cuya labor e influencia han producido resultados tan efectivos y valiosos en favor de la música actual, de las ciencias y cultura musical, tanto en América como de esa porción del mundo donde se ignoran las fronteras.

P. C.

AARON COPLAND.—(Compositor norteamericano).

Saludo a Domingo Santa Cruz.

Desde mi visita a Chile, hace diez años, he tenido la convicción de que Domingo Santa Cruz es una de las figuras claves dentro de la vida musical de ambas Américas. En los Estados Unidos nos inclinamos siempre a pensar de que no existen los hombres indispensables. Tal vez esto sea verdadero entre nosotros. Pero al historiador de la música chilena le sería difícil reconstruir el panorama de las tres últimas décadas sin poner en primer plano el nombre de Domingo Santa Cruz. Así como hay personalidades que son símbolo de la vida musical de ciertos países, Sibelius de Finlandia, Bártok de Hungría, Chávez de Méjico y Villa-Lobos de Brasil, la de Santa Cruz lo es de Chile.

Me imagino que a lo largo de su vida consagrada con pasión al ennoblecimiento de la música, mi querido amigo Domingo Santa Cruz ha debido enfrentar momentos difíciles y sufrir los celos y rivalidades provocados por aquellos que han creído que el poder de la convención y el estagnamiento es invencible. Pero esto en nada nos ha afectado, puesto que siempre hemos estado convencidos que la penetrante inteligencia y capacidad organizadora de Santa Cruz, continuarán sirviendo a todo lo más avanzado de la música de las Américas.

A. C.

GILBERT CHASE.—(Diplomático y musicólogo norteamericano).

Hace diez años conocí a Domingo Santa Cruz, en la época en que trabajaba en la Bibliotèca del Congreso de Washington y en circunstancias en que éste realizaba una visita oficial a los Estados Unidos. Al través de él obtuve mis primeras informaciones acerca del importante movimiento musical de Chile y en Julio de 1942 publiqué en la revista «The Inter-American Monthly» (Vol. I, N.° 3), una entrevista a Santa Cruz, que resumía el desarrollo artístico de este país desde la fundación de la Sociedad Bach en 1918 hasta la creación del Instituto de Extensión Musical en 1940. Las cualidades de Domingo Santa Cruz como guía y organizador y su atrayente personalidad, resaltaron de inmediato; sus conquistas como compositor debían esperar para poder apreciárselas. En aquellos años yo sólo conocía sus «Cinco Poemas Trágicos» y unas Piezas breves para violín y piano. Ambas obras sirvieron para despertar mi interés por su música, pero no fueron suficientes para poder medir las insospechadas proyecciones de su capacidad creadora.

En 1945 tuve la suerte de viajar a Chile y la oportunidad de escuchar en mi breve visita dos obras importantes de Santa Cruz, las «Variaciones en tres movimientos» para piano y orquesta y la «Sinfonía Concertante» para flauta y orquesta, obra que fué ejecutada entonces por nuestro común amigo David Van Vactor. La audición de ambas obras y en especial de la primera, me impresionaron profundamente, y me dieron la posibilidad inmediata de penetrar en la gran capacidad creadora del compositor, haciéndome tomar la determinación de seguir su carrera futura con la mayor atención que las circunstancias me lo permitieran. Las oportunidades de escuchar su música han sido desgraciadamente pocas desde entonces. Sin embargo pude gozar de una ejecución de sus «Cinco Piezas Breves» para orquesta de cuerdas en Washington y de esta misma obra en el programa titulado «Music of the New World», que yo organizaba en la N. B. C.

Años después adquirí una grabación de su Primera Sinfonía op. 22, la que después de escuchar y estudiar con cuidado, me llevó a la conclusión de que Santa Cruz es uno de los compositores más importantes de Latinoamérica. Mi gran deseo ahora estriba en poder escuchar su «Cantata de los Ríos de Chile», sus «Preludios Dramáticos» para orquesta y sus obras de música de cámara que me son desconocidas en su totalidad.

Este somero conocimiento de la obra de Santa Cruz me ha alejado de realizar un estudio profundo de su música, pero no me ha impedido reconocer su valor, siendo una de las grandes satisfacciones de mi vida, el haber podido contribuir en algo a la difusión de ésta en los Estados Unidos. En una serie de conferencias dictadas durante la Primavera de 1949, bajo los auspicios de varias Universidades Americanas, me serví de fragmento de su Primera Sinfonía para ilustrar mis afirmaciones, las que situaron a Domingo Santa Cruz en la cumbre misma entre los creadores actuales de Latinoamérica. En un artículo publicado en «Musical America» en 1950,

consagré ocho párrafos a la obra de Santa Cruz, en los cuales traté de subrayar la importancia de ésta, no sólo en Chile, sino que en todo nuestro hemisferio.

Si me he extendido en la enumeración de todos los esfuerzos hechos por dar a conocer la personalidad de este músico, no ha sido ciertamente por destacar mi propia labor, sino porque equilibran en lo posible mi modesta contribución a este «Symposium» en honor de Domingo Santa Cruz. Deseo que mi estimación por él, como artista y persona, sea medida, no al través de este inadecuado homenaje, pero por la suma total de todo lo que he tenido oportunidad de expresar, escribir y pensar al respecto durante la pasada década. Cierto es que ni siquiera todo esto puede hacer justicia a la totalidad de las conquistas realizadas por Santa Cruz. Pero su obra no ha llegado aún a la meta de su desarrollo, él tiene mucho más que darnos y los años venideros son tan ricos en promesas como las pretéritas fueron en resultados.

G. Ch.

CARLOS CHAVEZ.—(Compositor y Director mejicano).

Las circunstancias hacen a los hombres, y sólo hombres de genio hacen a las circunstancias.

Nuestros países latinoamericanos están formándose, y a veces —en el campo de la cultura— piden de algunos de sus hombres más de lo que les dan.

Domingo Santa Cruz es el maestro ejemplar de la América Latina, porque ha entendido que sus capacidades lo obligan a dar a su colectividad gran parte de lo que debiera ser para sí mismo y para su obra personal: su genio, su esfuerzo, su tiempo.

Ha entendido que sólo de una organización compleja y precisa puede resultar el adelanto musical, y la ha ideado, ha luchado por ella, y se la ha dado a su país.

Al empuje de su inquietud interior, ha hecho sin embargo su obra de músico creador, que, esa sí, ya no es solamente privilegio de su Patria.

Jamás recompensa más merecida que la que ahora Santa Cruz recibe.

C. Ch.

ZOLTAN FISCHER.—(Profesor y Primer viola de la Orquesta Sinfónica de Chile).

Agradezco el que se me permita colaborar al justo homenaje que se le rinde a Domingo Santa Cruz. Conozco el ambiente musical chileno desde hace veinte años. El progreso y desarrollo que ha tenido en este lapso de tiempo es casi increíble, ya que puede compararse, en muchos aspectos, a la actividad musical de Europa. Esto es reconocido y apreciado por todos los Directores de Orquesta y músicos que he conocido. Todos hemos contribuído con nuestras

fuerzas para obtener este resultado, pero sin la dirección, entusiasmo sincero, inteligencia y talento de Domingo Santa Cruz no creo que se hubiera conseguido.

Z. F.

NORMAN FRASER.—(Compositor y pianista chileno).

En mi capacidad de músico chileno desterrado, he podido seguir la obra de Domingo Santa Cruz desde países vecinos o lejanos, siempre con una objetividad que me permitiera juzgar sus actividades imparcialmente, dentro de su cuadro nacional, y sobre todo por los resultados que ha logrado. Acepté, pues, con el más vivo placer el honor de poder agregar algunos pocos conceptos a la ovación tan merecida que se prepara en reconocimiento al padre de la floración musical chilena actual.

Mi primer contacto con Domingo Santa Cruz fué en la antigua Facultad de Bellas Artes, después de la reforma del Conservatorio. Me nombraron profesor y bibliotecario de dicho instituto, y tuve la oportunidad de enterarme de lo que pasaba. ¡Y en verdad el Conservatorio me asombró! Con Domingo Santa Cruz de Decano, Armando Carvajal de Director, Carlos Humeres de Secretario, y un excelente cuerpo de profesores, me encontré dentro de un establecimiento progresista, donde aún el viejo edificio de la calle San Diego se aprovechaba al máximo con su simpática sala de conciertos y sus flamantes pianos de cola Blüthner. En la biblioteca también encontré un vasto material de libros y música recién adquiridos en Europa, y los principios de un sistema modernísimo de catalogación. Cuando me compenetré de todos estos avances, sentí ese orgullo oculto que uno siente cuando alguien de la familia se ha ganado un premio o alguna distinción merecida. ¡Todo esto en Santiago de Chile donde, hacía poco tiempo, las tejas coloniales dormitaban sobre una vida agradable y sencilla, pero bastante atrasada! ¿De dónde había venido el enorme empuje dinámico para realizar todo esto? ¡De Domingo Santa Cruz! ¿Quién luchaba para aumentar las planillas, ampliar la Facultad, etc., etc.? Como siempre: ¡Domingo Santa Cruz! Rodeado, felizmente, de un grupo de présbites entusiastas como, por ejemplo, su gran amigo Carlos Humeres.

En 1935 volví a Europa para ingresar en la B. B. C. de Londres, pero nunca me alejé completamente en espíritu de ese Santiago renacente e interesantísimo de entonces. Mis amigos y alumnos me informaban sobre lo que pasaba, y de vez en cuando llegaba la Revista de Arte que yo llevaba con orgullo bajo el brazo cuando iba a casa de mis nuevos colegas, los músicos ingleses.

Entonces vino la guerra con sus preocupaciones y angustias, mi eventual traslado al British Council, y por fin mi visita a Chile en 1944, después de casi diez años. El día después de mi llegada fuí a un concierto sinfónico dirigido por el lamentado Fritz Busch. Desde el comienzo no tuve dudas de que la orquesta había sido transformada en un instrumento artístico de primera categoría, y esto gracias a la energía incansable de un visionario práctico: Domingo

Santa Cruz. Pero en este caso no debemos de olvidar la labor constante y tenaz de la Secretaria, Filomena Salas, sin cuya inquebrantable lealtad no se habrían conseguido tales resultados sobresalientes. Durante este magnífico concierto en la flamante sala de la Universidad Santa María, volví en mi pensamiento a mi niñez en Valparaíso, cuando la ocurrencia de un concierto sinfónico, aún de pésima categoría, habría sido un acontecimiento musical extraordinario, pero nunca oí una orquesta sinfónica antes de radicarse mi familia en Suiza en 1912. ¿Y ahora? ¡Y ahora esta espléndida unidad tocaba no solamente en Valparaíso, pero giraba por las ciudades del sur! ¿Y a quién debíamos este milagro cultural? De nuevo un solo nombre surgía obstinadamente: la de Domingo Santa Cruz.

Me enteré de nuevo de lo que se hacía en la Facultad, ahora con todos sus ramos florecientes, y sentí de nuevo ese orgullo agradable y auténtico. En casa del autor estudié la partitura de la Cantata de los Ríos de Chile, obra que me impresionó hasta tal punto por su fantástica virtuosidad contrapuntística, que me quedé con frenillo (como el compositor se recordará) sin poder decir adecuadamente lo que sentía en mi franco asombro delante de un trabajo de tal magnitud y óptima ciencia musical.

Desde mi Centro en Buenos Aires seguí las actividades musicales de Chile con el mayor interés, y aunque no era razonable compararlas con las de la opulenta nación donde vivía, me di cuenta de que, el Brasil aparte, no hubo otro país sudamericano con un desarrollo musical semejante al nuestro aún cuando dos países amigos: Perú y Colombia, empezaban a abrir sus pasos muy decididos en esa dirección.

De vuelta a París, y ahora en Londres, sigo con interés siempre creciente todos los acontecimientos musicales chilenos. Cuando ocurrió algo único en la historia mundial de la música: el primer Festival de música chilena con votación pública, me pregunté: ¿Y a quién debemos esta innovación singular? ¡No lo voy a repetir, pues ya suele convertirse en cliché! Pero cuando las actividades positivas de alguien se suman hasta tal punto, ya es tiempo de proclamar que aquí se trata de un hombre completamente fuera de lo común; un hombre que ha tenido la valentía de seguir, sin jamás vacilar, el camino que él se impuso, venciendo prodigiosamente dificultad tras dificultad hasta triunfar rotundamente sobre fuerzas mezquinas y enemigas para ganarse la más alta distinción que pueda merecer un artista chileno: el Premio Nacional de Arte. Pensándolo, en este día gris del invierno londinense, siento de nuevo ese orgullo legítimo y sano, y si pudiera tener un buen vaso de vino chileno en mi mano, brindaría con todo corazón por Domingo Santa Cruz, hombre al cual debemos, si no toda, gran parte de la cultura musical chilena.

N. F.

LUIGI STEFANO GIARDA.—(Compositor italiano).

Recién llegó a mi conocimiento que al maestro Domingo Santa Cruz se le había otorgado el Premio Nacional de Arte, me apresuré

a felicitarlo, no sólo por la amistad y comunión de ideales de arte, sino, principalmente, porque lo merecía por su larga actividad en pro del arte musical y su producción artística.

Cuando comenzó a componer, me hizo oír una de sus primeras obras y pidió mis consejos, y yo, con la sinceridad que me caracteriza, me atreví a sugerirle algunas modificaciones que él aceptó bondadosamente. Encontraba que poseía exuberancia de ideas y una instrumentación demasiado rica, aunque no muy variada.

Se modificó, se perfeccionó y, sus otras obras las realizó en una forma altamente artística. No siguió las formas clásicas o románticas, dándose de lleno a la corriente modernista, lo que significa un progreso. Es fácil seguir la ruta que otros nos han indicado, pero decir una palabra nueva es difícil, sin embargo, Santa Cruz ha sabido decir esa nueva palabra de arte.

Su actividad es tal que ya ha compuesto muchas obras de un valor preciso y decisivo. ¿Habrá llegado ya a la *obra maestra?* Pero yo me pregunto: ¿Existe verdaderamente en arte la obra maestra? ¿Podríamos nosotros decir cuáles son las obras maestras de un Haydn, de un Mozart o de un Beethoven? Es el conjunto de sus obras que forman la obra maestra.

Don Domingo Santa Cruz es joven todavía y puede dar al arte musical mucho más, y debemos felicitarlo muy sinceramente por la elevada producción que ha conseguido regalarnos, instándolo a perseverar y proseguir por el lumoniso camino que se ha trazado, y también agradecerle por todo el adelanto que supo dar al arte musical de Chile. Debemos pensar que si hoy en este país tenemos un Instituto de Extensión Musical de tanta importancia, se lo debemos indudablemente a sus esfuerzos y como Decano de la Facultad del Arte y como profesor del Conservatorio, su nombre es el que da la palabra y el resultado de toda realización artística.

L. S. G.

ALBERTO GINASTERA.—(Compositor argentino. Director del Conservatorio de La Plata).

Domingo Santa Cruz es una de las figuras más interesantes del continente americano. Y menciono muy particularmente a nuestro continente, porque todos los países de América, debido a su desarrollo reciente tienen, o han tenido hasta hace muy poco, los mismos problemas. Para los músicos de México o Chile, de Estados Unidos o Argentina, la falta de una tradición arraigada y el incipiente desenvolvimiento de la cultura popular, constituyen serios inconvenientes que debemos superar. Nuestros artistas no pueden sentarse tranquilamente a escribir sus obras, como los europeos por ejemplo; debemos ser todavía, a pesar del camino recorrido, propulsores de la cultura.

Aun en los Estados Unidos, donde compositores como Copland, Sessions, Harris y Piston, después de largos años de labor consiguieron imponer su música y colocarla al mismo nivel de las más altas

creaciones del arte contemporáneo, existen a veces hechos que nos demuestran que la lucha no ha terminado aún. Leía hace poco en la revista «Musical America», una severa crítica que se le hacía, en una nota editorial, a la Orquesta Sinfo-Filarmónica de Nueva York, que actuó en los Festivales de Gran Bretaña, donde ejecutó, en doce conciertos, sólo dos obras de escaso relieve de autores norteamericanos. En el comentario se hacía notar que las orquestas de Inglaterra y Francia, en sus recientes visitas a los Estados Unidos, dieron a conocer música inglesa y francesa, respectivamente.

Este desprecio hacia el arte propio, tan común en todos los pueblos americanos, debe ser combatido con todas nuestras fuerzas, pues retrasa el desarrollo de nuestra cultura. Como vemos, el problema no es local, propio exclusivamente de un país, sino común a todo el continente.

He querido alejarme un poco del tema principal de mi artículo para hacer comprender mejor cuánto necesitamos en nuestros países de creadores que sean a la vez hombres de acción para dar empuje y fuerza al desarrollo del arte musical. Santa Cruz es, como pocos, el hombre adecuado e imprescindible para su tierra y para su época. Tal vez en Chile, a pesar de la admiración y el cariño que le profesan, no puedan por falta de perspectiva que da la distancia, valorar en todo su gigantesco alcance la labor que ha realizado Santa Cruz en pocos años.

En este primer medio siglo de su vida, Santa Cruz se ha dedicado a tres actividades diferentes, pero que han tenido un objetivo único: la música. Renunció, con el desprendimiento y la generosidad del verdadero artista, a todo lo que pudiera ser interés personal, para entregarse con entusiasmo y valentía a una obra de interés general. Compositor, maestro y organizador, éstos son los tres caminos que Santa Cruz elige y que recorre con la fe inquebrantable que puso en el porvenir musical de Chile.

Como compositor ya lo conoce el público chileno y de los principales centros musicales internacionales y por eso no trataré de analizar aquí sus obras. Sólo diré que es justamente en ellas donde podemos medir a Santa Cruz en toda su talla. Allí están presentes su fuerte personalidad, la pureza y austeridad de su pensamiento, el empuje tan lleno de vida y la absoluta perfección de su técnica.

Como maestro, Santa Cruz tiene una influencia dominante en el campo musical chileno. Es maestro en el verdadero sentido de la palabra, como lo son Honegger o Hindemith, como lo fué Casella y mucho antes Schumann o Bach; maestro que orienta no sólo con el consejo oportuno, sino con el ejemplo de una vida de sacrificios y con la enseñanza de sus obras, realizadas sin concesiones. ¡Cómo dudar de sus cualidades de gran maestro, cuando lo vemos rodeado de un grupo de compositores que son ya la sólida realidad de la música chilena!

Además de las dos actividades ya mencionadas y que bastarían por sí solas para llenar la vida de un hombre, Santa Cruz es un promotor y organizador. Promotor de cultura, que con actividad incansable ha creado desde los comienzos de su carrera centros mu-

sicales con el objeto de difundir la música, especialmente la contemporánea. En este sentido su labor puede compararse a la de un Copland en los Estados Unidos, pues ambos han trabajado con un doble propósito: el de difundir la música de nuestra época e imponer la música nacional elevándola, en la consideración del público, a la misma categoría de la internacional. Estos dos objetivos fueron impuestos en Chile gracias a la infatigable energía de Santa Cruz. Una prueba de ello son los Festivales de Música Chilena, certamen en el cual se estrenan las mejores obras de los autores nativos, así como los conciertos de la Asociación de Compositores Chilenos, donde se ejecutan las obras más representativas de la música actual.

Santa Cruz, para quien todos los esfuerzos son pocos, ha sido y sigue siendo el alma creadora del Instituto de Extención Musical, organismo que como pocos en el mundo contempla todos los problemas que atañen al compositor: la Orquesta Sinfónica, maravilloso conjunto que no es, como otras orquestas, plataforma para lucimiento de directores, sino un medio de hacer llegar al pueblo todas las manifestaciones del arte musical; el Conservatorio, donde se forman los músicos del futuro; la Revista, que informa y difunde en el exterior, con sano sentido nacional, los actos de la vida musical chilena; el taller de copistería y el estudio de grabación fonoeléctrica, que dedican sus esfuerzos a las obras de los creadores chilenos. Esto y mucho más tiene el Instituto. Y digo mucho más, porque el sentido principal del Instituto es el de ayudar y proteger los intereses del músico.

¿Qué más se puede decir de Santa Cruz? El que escuche sus obras o visite el Instituto, únicamente aprecia un aspecto de su personalidad. Sólo el que lo ha conocido plenamente puede tener una visión clara y completa del significado que la obra y la acción de Domingo Santa Cruz ejercen en el arte musical americano.

A. G.

LEOPOLDO HURTADO.—(Musicólogo y crítico musical argentino).

En varias oportunidades, pero especialmente en sus recuerdos sobre la Sociedad Bach, se ha referido Santa Cruz a los comienzos de su vida artística, de cómo tuvo que optar en su juventud entre la carrera diplomática y la profesión de músico. Esta encrucijada representaba para él tener que decidirse entre una situación destacada en la diplomacia y un porvenir incierto como compositor. El joven abogado, de inteligencia brillante, de vasta cultura, vinculado a los hombres dirigentes de su país, no podía abrigar dudas acerca de la carrera de honores y dignidades que le esperaba en las filas de la diplomacia; no podía tampoco abrigar dudas acerca de la lucha incierta y desigual que le esperaba en el campo de la música, en caso que se decidiera por ésta; pero su vocación o su destino prevalecieron por encima de toda consideración y Santa Cruz se decidió por la música.

Piénsese que no se trataba de la opción entre un puesto burocrático y el ejercicio más o menos tranquilo, lleno de halagos, de una vida dedicada al arte, tal como se hubiera presentado a un joven europeo en las mismas condiciones. En Chile, como en todo país centro o sudamericano, no se trataba de un simple cambio, de salir de un ambiente para ingresar a otro más de acuerdo a sus inclinaciones. El cambio implicaba nada menos que un salto en el vacío, al lanzarse a una tremenda aventura.

Para comenzar, el incipiente músico tenía que luchar contra el pesado handicap del menosprecio hacia su profesión artística, que estaba vedada a un joven de su clase como indigna de ésta. Además, no se trataba de trasladarse a Chile y ponerse allí tranquilamente a componer música; había que comenzar por crear la atmósfera necesaria, organizar el medio, obtener las facilidades indispensables para que su música, la que él se proponía crear y difundir, empezara a abrirse camino en su patria. Para ello no era suficiente el solo entusiasmo artístico, la vocación heroica, el ardor apostólico del propagandista «in partibus infidelium». Era menester un temperamento de caudillo, de diplomático y de político, dotado del ascendiente personal, de la astucia, la ingeniosidad, el tesón, la valentía que su magna obra requería.

Y Santa Cruz fué ese caudillo. Pero no nos asustemos por ello; toda obra cultural, en América, los ha requerido. Caudillos fueron Horacio Mann, y Sarmiento, y Lastarria, y Martí, y Varona y tantos y tantos otros. No hubieran podido realizar su obra sin esa condición de hombres hechos para la lucha. Y en esa obra mezclaron —como Santa Cruz, por qué no?— sus grandes y pequeñas cualidades, sus condiciones excepcionales y sus debilidades, sus rasgos de genio y sus flaquezas.

Y es así como, luchando palmo a palmo, se fué creando en Chile el ambiente necesario para la buena música; cómo se fueron ganando, uno a uno, los adeptos del nuevo credo; cómo se fueron perfilando y organizando, poco a poco, contra mil obstáculos y contrariedades, los institutos y las entidades musicales que toda América admira hoy.

Esto no se hizo de la noche a la mañana; fué menester una labor ciclópea de treinta años de no descansar jamás, de empujar todos los días un poco hacia adelante, labor que no ha terminado todavía, pero cuyos frutos están a la vista.

Esto es lo que los argentinos, y creo yo, todos los americanos que pueden apreciar la magnitud de la tarea, reconocemos en Santa Cruz; ésta es su obra y la de sus colaboradores, guiados y alentados por su voluntad incansable.

Es motivo de honda satisfacción para todos sus amigos de América, el que Chile le haya reconocido estos méritos, conjuntamente con los de su obra de creación artística, al acordarle el Premio Nacional de Arte, y que se los haya reconocido en vida. Esta cualidad de reconocimiento honra al país hermano tanto como al favorecido por ella, porque no ha sido frecuente en la historia de estas repúblicas.

L. H.

ENRIQUE INIESTA.—(Concertista y primer violín de la Orquesta Sinfónica de Chile).

Domingo Santa Cruz y la música en Chile.

Para quienes saben con cuánta lentitud, medidos pasos y grandes esfuerzos, ha evolucionado la cultura musical en cada medio, hasta que pudiera considerarse formado el ambiente elementalmente imprescindible para que el artista pueda producirse, causa asombro lo conseguido en Chile, dentro de un período de tiempo apenas mayor de treinta años.

Ganar la guerra al Tiempo y a la natural resistencia pasiva de la indiferencia, es el único procedimiento para lograr tan rápida evolución, y esa guerra hay que comenzarla sin timidez, para que todo salga de un solo trazo y todo camine decidido.

Así empezó Santa Cruz a hacer la música en Chile, con la seguridad en sí mismo y en sus colaboradores y la perseverancia en el esfuerzo que exija esa línea recta, ininterrumpida e indeleble, ese «trazo firme» que representa la marcha magnífica de la educación musical de la nación chilena.

Domingo Santa Cruz inició su labor organizadora sin claudicaciones ni concesiones al mal gusto con que ganar fácilmente adeptos. Dentro del más puro eclecticismo, puso su pensamiento en Bach y comenzó.

Antes de su viaje de ampliación a Europa, dejó la semilla extendida con la fundación del Coro Bach, y al volver se dispuso a recoger los frutos, que no se hicieron esperar cuando aquel organismo cristalizó en la creación de la Sociedad Bach, que inmediatamente había de expandir su labor al gran público y cuyo espíritu sería luz en todo cuanto de música se tratase en lo sucesivo dentro del ámbito nacional. Sus principios, llenos de vitalidad y de razón, constituyeron el mejor punto sobre el que se apoyó, todo cuanto Santa Cruz ha continuado creando; reforma del Conservatorio Nacional y de su Plan de Estudios, Fundación de Pensiones para Músicos chilenos en el extranjero, Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos con una Orquesta titular, publicación de varias Revistas Musicales, culminando con la que hoy existe bajo el nombre de Revista Musical Chilena, de circulación internacional.

Aun la labor de Santa Cruz había de experimentar interno incremento a partir del instante en que asume el Decanato de la Facultad de Bellas Artes, y Chile queda definitivamente incorporado a las vanguardias musicales del mundo, con la creación del Instituto de Extensión Musical, cuya dirección recae sobre su fundador, y desde cuyo puesto crea la Orquesta Sinfónica, el Cuarteto de Instrumentos de Arco, el Quinteto de Viento, la Escuela de Danza, el Ballet, el Instituto de Investigaciones Musicales y las organizaciones de los Premios por Obras y los Festivales de Música Chilena.

Junto a tan ingente capacidad organizadora y administrativa de Santa Cruz, consecuencia inmediata de su elevación de espíritu y de su polifacética educación intelectual, coadyuva a la consecu-

ción de cuanto va dicho, con la mejor aportación; su talento de compositor. En tal sentido, resulta doble la trascendencia de su trabajo; crear música y enseñar a crearla. De su labor como pedagogo, da fe la existencia de tantos y tan brillantes compositores nacionales, cuya obra traspasó las fronteras repetidas veces para honor de la música chilena.

La composición de Santa Cruz muestra aspectos bien distintos de su talento profesional, al integrar su producción obras sinfónicas, corales, mixtas, de cámara, y «a solo». En cualquiera de estas manifestaciones destaca una fecunda y luminosa inspiración de la más robusta nobleza. Su escritura es depurada hasta el límite, de integridad absoluta, huyendo de la redundancia; la trabasón armónica es de belleza admirable y de honda emoción en su color grave, de tintas sombrías y sin embargo, transparentes; bagaje clásico de cualidades, junto a un sentido profundamente moderno de plenitud y de alegría de crear.

Al lado de estas características y elementos constructivos en la obra del autor de la «Egloga», se hace perceptible en su música, un cierto españolismo en el color, que sin utilizar el folklore, ahonda en el sentimiento de lo racial, de donde en forma libre y autónoma, surge pintoresco y de alto rango.

Para un artista chileno como Domingo Santa Cruz, nada puede suponer mejor recompensa a su labor que la que el Gobierno acaba de otorgarle; el Premio Nacional de Arte, así como la alegría de servir a su patria y al mundo en la educación del espíritu.

E. I.

FEDOR KABALIN.—(Compositor chileno).

Cómo veo a Domingo Santa Cruz.

Es propio de la juventud tener ideales—altos, lejanos, inalcanzables; en una palabra: locos. Y es igualmente propio no preocuparse de lo que sean locos, porque es propio de los ideales que sirvan como guía hacia una meta, como la dirección en un camino, pero con el entendimiento de que alcanzarlos— es otra cosa. En realidad ¿cuántos hombres pueden jactarse que han realizado estos sueños juveniles locos que tenían por ideales?

Pero todavía acontecen milagros: Domingo Santa Cruz es uno de estos hombres felices. Hasta más de esto, si se considera que la labor que bastaría para llenar una vida entera y que del punto de vista de la historia cultural significa haber puesto Chile en el mapa musical del mundo, está completada cuando su máximo arquitecto acaba de pasar la marca de los 50 años de vida, entrando así en la edad de plena madurez del hombre y libre para dar a conocer al mundo los frutos de esta madurez en forma de creaciones artísticas. Si yo estoy ligando empedernidamente estos hechos de estadística de cumpleaños con sus actividades actuales, no es en un esfuerzo de establecer las relaciones superficiales, ni de expresarme con cierto preciosismo estilístico. Lo hago más bien para poner de relieve

la característica más sobresaliente en mi impresión sobre Domingo Santa Cruz, que en mi mente tiene casi el significado de un momento obsesionante. Para más claridad, quiero recordar que yo he conocido a Domingo Santa Cruz primero por su fama de administrador y jefe de las instituciones musicales que preside y luego como músico, oyendo en una retrospectiva rápida sus obras más importantes que llevaron a esta cúspide en su obra creativa hasta la fecha y verdaderas obras maestras que son su Segundo Cuarteto, Sinfonía para Cuerdas y la Egloga.

Estas obras han venido para mí con impacto de una sorpresa. De un hombre que no solamente dirige las instituciones musicales máximas del país, sino quien también las ha creado, uno esperaría gran celo y capacidades administrativas, pero no que necesariamente sea buen músico. Pero el milagro al que me he referido más arriba tiene su explicación en otro milagro en la persona de Domingo Santa Cruz. Es que él reúne en sí el celo de los mecenas aristocráticos, protectores del arte desde Renacimiento hasta los principios del siglo pasado, con las dotes prácticas de grandes empresarios que han sucedido a los primeros y que—si tenían diferentes móviles para sus actividades— tenían en común con los protectores aristocráticos cierto sentido político y capacidades organizadoras. Estos dos elementos reúne en sí perfectamente Domingo Santa Cruz. Pero aquí hay una diferencia que significa una enorme ventaja de Domingo Santa Cruz sobre los prototipos del protector aristocrático de artes o del empresario comercial. El empresario es de costumbre una persona interesada en música y por esta razón eligió tomar ésta y no cualquiera otra actividad como base de su negocio; el protector aristocrático era más de las veces un dilettante culto. Pero ambos obran por amor a la música, desde afuera, como personas extrañas a la misma esencia de las actividades musicales. Mientras que la fuente de las energías hercúleas del dinamismo enorme de Domingo Santa Cruz está en el hecho que él ha entrado—por necesidad— en los campos del administrador o empresario, siendo él mismo artista.

En una persona de tantas actividades múltiples es difícil establecer cuál de ellas es la principal o «la verdadera», cuáles son las secundarias. De todas maneras, las opiniones sobre ello casi nunca concuerdan entre las personas que juzgan estas actividades y las que las han efectuado. Nunca he preguntado a don Domingo cuál de sus actividades es más importante para él, pero lo que he dicho en el párrafo anterior no me deja duda a mí que el músico, más precisamente el compositor, es el núcleo debajo de todas las múltiples cortezas de pedagogo, organizador, administrador, etc. Y es una suerte que sea así. En el momento en que los proyectos más ambiciosos—y más necesarios— para el funcionamiento de la vida musical chilena están realizados, en el momento cuando la máquina está construída y se mueve con regularidad y precisión, puede él dedicar más de su tiempo y energías a la composición. Aquí parece que podemos esperar mucho de él, porque desde hace un tiempo atrás parece que su pluma vierte puras obras maestras. Un fenómeno

de simetría admirable: el período de lucha interna para encontrar su lenguaje propio paralela al período de las luchas para conseguir el marco apropiado para el desarrollo de la cultura musical chilena, al que sigue él de la madurez en la expresión y purificación del estilo de composición alcanzado, casi contemporáneamente con el afianzarse de instituciones musicales—también obra suya— en una forma sólida y definitiva.

F. K.

EDUARDO LIRA ESPEJO.—(Escritor chileno).

Cuando en el recuerdo nos acercamos a lo patrio, surgen sus donosidades y realizaciones con perfil de dura serpiente levantada.

Lo pequeño y codicioso, la permanente negación del mediocre, la envidia de acíbar y el destruir de confitería, permanecen excluídos por ser sombras de flaquezas, accidentes estériles, de triste recordación.

Por la materna tierra, en la existencia del trasunto del mundo, se vinculan en la emoción vibrante y filial, la voz enfurecida del llamado pacífico mar; la pampa salitrosa y el carbón submarino; la uva prometedora del vino de la euforia; la mujer desprendida como llama celeste para enardecer terrenas pasiones; la rosa junto al río y la cordillera, párpado avizor de horizontes.

Todos los elementos y sus divinas generosidades, avivados en cada minuto para excitar la comunión geográfica, natural y rumorosa, con la raíz de su sangre al fatigado peregrino.

El meditar en estas cosas parece que sea un oasis en el cuotidiano vivir...

Refrescado por la brisa austral, la lectura de libros y poemas, el saber que la creación es abundante en músicas y pinturas, nos estremece de orgullo y más aún, cuando se constata que la calidad es innegable y responde a un proceso de estructuras y perspectivas halagüeñas. Y en esta expresión mágica del arte, en este sentir alucinado de sus artistas, se refleja Chile, la fisonomía de esa personalidad colectiva y del conjunto de valores humanos y vitales que hacen de nuestro Chile, nada menos que una Nación.

Ha tiempo que ha dejado de ser la América, en arte y música, desestimable eco europeo o bucear primario al que había que permitirle un tolerante compás de espera.

Nadie puede dudar de la literatura hispanoamericana y su contribución al pensamiento universal. Y nadie se atrevería a negar la plástica y la música, con rasgos propios, de complejo ser, las cuales minuto a minuto se enriquecen en substantivos y esenciales aportes. Cuando se ha recorrido este continente de hablar castellano, más la tierra del decir portugués; cuando se ha penetrado en novísimos escenarios, donde lo racial y sus mestizajes, lo geográfico y sus disímiles influencias, la cultura y sus disparejos niveles, y donde las inquietudes fijan angustias diversas, se advierte un matiz, un acento diferencial y a la vez común, que a estos pueblos los vertebra en acción centrípeta y centrífuga, conjuntamente. Y todo esto

determina la originalidad fisonómica que distingue la expresión de nuestros artistas, de la de aquellos de lejanas residencias.

Y en este orden de cosas, circunscribiéndose a la música, Chile luce categoría individual ejemplar. Es curioso anotarlo, porque quizás sea el país donde sus compositores han economizado recurrir al folklore, al nacionalismo extraído de las particulares modalidades del pueblo. Tal vez porque éste, en lo criollo y en lo indígena, no posea riqueza desbordante, como otros, situados en la misma órbita continental. Existiendo a manera de referencia, en algunos, y permanente, en los menos, lo típico, lo populista y lo folklórico, no son los que definen la expresión musical de Chile. La unidad de la música de mi país es indiscutible, sin abolir la diversidad expresiva entre uno y otro creador. En esta unidad y diversidad, en este penetrar en valores mas substantivos y complejos, de hondas raíces psicológicas, geográficas y emotivas, se endurecen los indestructibles nexos con lo continental, con lo hispanoamericano.

Este perfil y vértebra, hálito de sangre vital que se constata en las partituras, no es esporádico. Significa traducir, reflejar, transparentar, el sentir de la individualidad colectiva, de su gallarda madurez de cultura.

No siempre es fácil valorar y vocear las excelencias de una obra de arte; atributo de especialistas sensibles y cultos. Por esto con frecuencia en el exterior, incluyendo países hispanoamericanos, Europa y los Estados Unidos, he oído hablar con entusiasta admiración de la receptividad culta, del pueblo chileno y de la magnífica organización que en música posee. A mi vez constato que en todos los países que he recorrido, los cuales suman algunas decenas y centenares de ciudades, no he conocido nada que se acerque a lo que aquí se está realizando. El Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile, es único tanto desde el punto de vista de su orientación, como por las realidades alcanzadas. Con satisfacción he escuchado ratificar mi concepto, lo mismo en una ciudad argentina, brasileña, colombiana o en una norteamericana, como en los más distantes centros europeos, ya sean ingleses, franceses, suizos o italianos. Y el elogio para nuestras instituciones fué siempre sustentado por personalidades de la música, por los más selectos espíritus de la cultura.

Y aquí surge una afirmación categórica, demostrable y polémica. Los asuntos musicales, enfocados desde los ángulos de organización, de perspectivas sociológicas, de sedimento positivo en el progreso, de enraizamiento en el pueblo y en nuestra nacionalidad, no sólo se ubican entre los más importantes de las Américas, sino constituyen ejemplo para todos los centros cultos de la tierra. Y si tal afirmación no se puede hacer tan enfática, en lo que a creación se refiere, las obras de los compositores chilenos exhiben modalidad propia, original y cimentada, que excede en calidad a lo mucho, fácil y pintoresco que en otros países se realiza. Cuando el tiempo seleccione nombres y partituras, para incorporarlos en la historia de la música contemporánea, sin lugar a dudas entre los hispanoamericanos, Chile tendrá un sitial destacadísimo.

En esta empresa cultural y de arte, contemplada como cimera conquista, entregado con toda su acción y pensamiento, esperanzas y angustias, afirmaciones y fracasos, se identifica hasta confundirse con ella misma, un hombre moderno y dinámico, artista y Maestro, elogiado y negado, nuestro Domingo Santa Cruz. Ha permanecido, en buena hora, en la brega, con místico pensamiento y motriz empuje, desde hace cerca de treinta años. Y si los que lo combaten, apartándose de sus personales resquemores, cargaran la balanza de los pro y contra, el fiel, siempre consecuente con la fidelidad de justicia, se inclinaría decididamente a lo positivo.

Los aciertos, empequeñecen sus intolerancias y humanos fracasos. Nadie ha golpeado tan reciamente la sordera burocrática. Ni ha buscado para las artes y la música, estabilidad, respeto y el sitial que les corresponden, esto es, la Universidad. Pocos, en mi país, han planteado a los músicos, a los artistas, problemas serios y profundos en el crear, que han hecho estremecer la infelicidad de la pobre Inspiración, aprisionada sin saber por qué. Ha volcado la música Domingo Santa Cruz, como quien abre esclusas para que se derrame de un extremo a otro, entre el pueblo que habita la larga cinta chilena, sin descender en sus generosas calidades de arte.

En todo esto reside su grandeza, que nada ni nadie puede escamotear.

El Domingo Santa Cruz combativo, nervioso y decidido de las magníficas realizaciones de esta empresa cultural que levanta a Chile a cimas espectables en el mundo, se manifiesta apasionado y mesurado, espontáneo y crítico, arcaico y moderno, en la expresión de música, de su obra. Creador por temperamento, domina lo substantivo con la agilidad de artífice y artista a la vez, al igual que el auténtico escritor que a la gramática, prefiere el idioma. Hay una rumorosa vitalidad, interna, sincera, elegante, en el decir de músico de Santa Cruz, cuyos orígenes es preciso buscarlos en raíces de intensa emotividad humana.

Con estas músicas, con la magnificencia de la realidad de cultura de nuestro pueblo, con la existencia de hombres esforzados y artistas de excelentes creaciones, tal es el caso del Maestro Santa Cruz, en el recuerdo, nos acercamos jubilosos a lo patrio, a nuestro Chile acariciado de gracia celeste.

Caracas, Diciembre 5 de 1951. E. L. E.

JEAN MARTINON.—(Director de la Orchestre Colonne, París).

No sé qué es lo que hay que alabar preponderantemente en Domingo Santa Cruz, si al artista, al organizador o al hombre de corazón. Sin duda cada uno de estos aspectos se destaca con igual fuerza.

Organizador de primera categoría, enérgico e inteligente.

Músico completo, dotado de poderosas y fecundas cualidades creativas.

Artista escrupuloso y profundamente sincero.

Me satisface pensar en Domingo Santa Cruz como en un amigo verdadero, de aquellos con quien uno puede contar sin que el tiempo o la distancia disminuyan la devoción que se le tiene.

J. M.

OTTO MAYER SERRA.—(Compositor y Director de Orquesta Mejicana).

Desde hace muchos años, primero desde Europa y ahora desde este mismo continente, pero siempre a miles de kilómetros de distancia, he observado y seguido con interés y admiración la labor dinámica, consciente, planeada y fecunda de ese gran hombre, gran músico y gran amigo que es Domingo Santa Cruz.

Más que en los países del Viejo Continente, donde desde hace siglos existe el sentido institucional de los organismos culturales, la América Hispánica necesita, para su incipiente formación artística, de hombres que pongan todo su empeño, todo su entusiasmo y toda su vida al servicio del arte nacional. En todas partes,—aquí en Méjico tenemos el ejemplo de Carlos Chávez,— han surgido por fortuna, tales hombres que luchan por dotar a su patria de instituciones estables que desarrollen una labor permanente, con independencia de los caprichos y las vicisitudes de la política y que brinden a los talentos—los muchos talentos de los pueblos americanos—bases sanas de capacitación profesional.

En Chile y para Chile, el esfuerzo personal de Domingo Santa Cruz ha logrado brillantes resultados, en este sentido, que sobrepasan todo lo realizado en los demás países hispanoamericanos.

Vuestras instituciones docentes, orquestales, de investigación, de ballet, ópera y música de cámara, etc., cuya existencia está firmemente arraigada en la legislación chilena, tienen, no sólo una estabilidad, sino también un alto nivel técnico-profesional, y están organizadas en una forma tan racional y eficiente que pueden servir de modelo y han llevado el prestigio de esa República más allá de sus fronteras.

Los artistas visitantes, encantados con la magnífica calidad de la orquesta y el alto nivel cultural del público, se han convertido en los mejores propagandistas del Chile musical y una pléyade de jóvenes compositores lleva el mensaje de la musicalidad chilena por América y Europa.

El Gobierno de Chile ha tenido un gesto de admirable justicia al otorgar su más alta distinción artística al hombre que ha creado las actuales instituciones musicales del país, que deben ser orgullo de sus compatriotas.

Felicitamos a nuestro querido amigo Domingo y le deseamos otros muchos años de fecunda labor en el Instituto.

O. M. S.

EUGENE ORMANDY.—(Director de la Sinfónica de Philadelphia).

A pesar de que mi contacto con Domingo Santa Cruz fué muy breve, éste me brindó la oportunidad de poder reconocer en él, a una de las más grandes personalidades sudamericanas en el campo de la creación musical contemporánea.

La clara inteligencia, ilimitada cultura musical y seguridad de conceptos de Santa Cruz, lo convierten en una figura preponderante dentro de nuestra profesión. Durante mi permanencia de tres semanas en Santiago, llegué a conocerle y admirarle como hombre, amigo y organizador en la misma forma que como compositor.

E. O.

HERMINIA RACCAGNI.—(Concertista y Profesora de piano del Conservatorio Nacional de Música).

En nuestro ambiente musical de hace algunos años, en el que luchaban un grupo de artistas, que con sus conocimientos, esfuerzos y sacrificios, trataban de elevar a un nivel superior la cultura artística de Chile, se destacó un nombre; el de Domingo Santa Cruz.

Dotado de excepcionales condiciones organizadoras, de espíritu de trabajo y amplia cultura, llenó las necesidades de nuestro medio, logrando realizar una labor de grandes proyecciones.

Como Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, merece destacarse la dedicación prestada para el desarrollo de las escuelas dependientes de esta entidad, haciéndolas acreedoras al prestigio y consideración conquistados con los años.

Como Director del Instituto de Extensión Musical, su labor es aún de mayor responsabilidad, y sus resultados son bien conocidos de todos los que se mueven en el campo de la música y del público, que disfrutan de su labor.

Sólo resta destacar su responsabilidad de músico, establecida por la creación de obras de gran envergadura, poniendo en evidencia sus grandes conocimientos técnicos, su madurez y su honradez espiritual, lo que lo han hecho acreedor a la más alta recompensa, que es el Premio Nacional de Arte y a los elogiosos comentarios de la crítica nacional y extranjera.

H. R.

CARLOS RIESCO.—(Compositor chileno).

En el desarrollo musical de las jóvenes repúblicas americanas, se destaca con aguzados perfiles, la figura máxima que ha producido Chile en el ambiente musical.

Domingo Santa Cruz, no sólo sobresale como un compositor de grandes dotes naturales, sino también como un titánico organizador de instituciones, que pueden servir de modelos a otros países, aún a los más avanzados.

En su calidad de compositor, Santa Cruz ha servido de guía y padre espiritual en las nuevas generaciones, estimulando a los jóvenes compositores con consejos y enseñanzas, a la par que facilitando los medios de ejecución de sus obras. En sus propias composiciones, este músico, ha sabido reflejar sobriedad de estilo, buen gusto y por sobre todo, mayor nobleza de espíritu que lo ha hecho acreedor de la admiración y cariño de los músicos chilenos.

Como organizador e impulsador de las instituciones musicales en Chile, Santa Cruz no tiene parangón en América. Un musicólogo ha dicho lo siguiente: «dentro del campo de la música, Domingo Santa Cruz ha sido y es la figura señera. No hay empresa musical de elevados propósitos, cumplida en las tres últimas décadas, a la que este compositor no haya prestado el fervor y la capacidad intelectual que lo distinguen».

Me falta testimoniar mis más profundos agradecimientos por las enseñanzas y consejos, tan desinteresados, que Santa Cruz me ha ofrecido y sobre todo, por su amistad.

C. R.

CARLOS SANCHEZ MALAGA.—(Compositor y ex Director del Conservatorio Nacional de Música de Lima).

Domingo Santa Cruz y la música chilena en el Perú.

En 1949 vi por segunda vez en Lima a Domingo Santa Cruz a su paso para Centro América, donde asistió a un Congreso de Universidades y como delegado de la Universidad de Chile, en su carácter de Vice-Rector de la misma.

Por el Perú pasó siempre fugazmente, dándome la impresión de un turista o agente viajero; hasta que a su regreso de Guatemala, lo detuvimos en Lima—como quien dice en Guatepeor— y sólo en esta oportunidad pudimos fijarlo y arraigarlo. Casi fué sometido, impensadamente, a un verdadero examen de capacidad con las entrevistas diarias y las consecuentes conversaciones sobre organización pedagógica y administrativa musicales, sobre la organización de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la cual es Decano y sobre tantas otras cosas que interesan a los hombres inquietos y afanosos de procurar para sus pueblos los mejores progresos de cultura y adelanto artístico.

Santa Cruz, en esta oportunidad—en el lapso de una semana—conquistó resueltamente al ambiente artístico limeño. Su actividad se dosdobló en: dos conferencias en el Conservatorio Nacional de Música sobre el movimiento musical Chileno, en una reunión de mesa redonda en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en audiciones comentadas de grabaciones de músicos chilenos en la Discoteca del Conservatorio, etc. Los amigos bautizaron su estadía como la «Semana Santa Cruz»; semana fructífera y provechosa para nosotros los peruanos que lográbamos conocer más de cerca la música, los compositores, y en una palabra, todo el desarrollo musical chileno de los últimos tiempos. Fué entonces que esbozamos un intercambio musical entre nuestros Con-

servatorios, el envío de becarios y hasta la posible permuta de profesores.

Posteriormente, aprovechando mi permanencia de 15 días en Santiago—donde fuera invitado con ocasión de los festejos conmemorativos del primer centenario de la fundación del Conservatorio Nacional de Música— pude constatar todas las actividades musicales de las que era Santa Cruz su principal gestor.

La organización de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y la labor del Instituto de Extensión Musical, tenían que irradiar su fuerza creadora y renovadora en actividades dignas de aplauso como: la Orquesta Sinfónica, el Ballet, el cuadro de Opera, la Orquesta de Cuerdas del Conservatorio, el Coro Universitario y los Coros de Liceos y demás escuelas de educación común. Confieso mi envidia de no haber podido participar en toda esa valiosa actividad; hasta me habría matriculado en el Conservatorio chileno si el de Lima no me hubiera hecho volver a la realidad.

A mi regreso al Perú, traía el convencimiento de una sincera amistad lograda a través de los invariables y efectivos vínculos del arte. Con el material valioso de autores chilenos que Domingo Santa Cruz me proporcionó para el Conservatorio de Lima, fué posible establecer una «sección chilena» en nuestra Biblioteca y Discoteca, dar audiciones corales y de música de cámara y, en una palabra, despertar en nuestro público simpatía e interés por la producción contemporánea de Chile.

Todo este movimiento era inusitado en el Perú, y no se habría producido a no ser por la presencia de Domingo Santa Cruz y su eficaz labor de acercamiento. Fué necesaria su recia personalidad— tan bifurcada por los caminos de la composición, las letras, y la enseñanza, pero tan equilibrada y bien conformada por su método, organización y energía— para abrir un sendero de mutuo conocimiento y estimación.

Al otorgársele en el presente año, la mayor y más honrosa distinción de Arte en Chile, se ha cumplido con un deber de estricta justicia y de reconocimiento a su elevada e importante labor artística y a sus eminentes méritos de compositor y maestro.

Los músicos peruanos, que aquilatamos su fecunda labor musical, al conocer la noticia de esa gran distinción, nos hemos apresurado a expresarle nuestra felicitación y simpatía, por ser testigos inmediatos en su interés de un acercamiento musical americano. Los pueblos que honran a sus hijos por grandes virtudes o heroísmos, encumbran y relievan los valores humanos. Chile, en la persona de Domingo Santa Cruz, encumbra y relieva los valores de la inteligencia y del espíritu.

Lima, 24 de Noviembre de 1951. C. S. M.

CHARLES SEEGER.—(Musicólogo norteamericano y Jefe de la Sección Música de la Unión Panamericana, Washington).

Una invitación del Editor de la Revista Musical Chilena para colaborar en ella, constituye un encargo agradable de cumplir, so-

bre todo cuando se trata de una contribución al número dedicado a Domingo Santa Cruz.

Conocí a este excelente hombre en 1941, en circunstancias que viajaba por los Estados Unidos como huésped de Honor del Departamento de Estado. Fué el primer músico invitado a este país de acuerdo con los principios de «la política del buen vecino». La única de sus obras que entonces conocía eran sus *Cinco Poemas Trágicos* para piano, sin embargo, su fama había precedido a su visita y él era conocido en este país, no sólo como uno de los más destacados compositores del Nuevo Mundo, sino que también como el espíritu más calificado en la formación de una síntesis entre la empresa musical privada y estatal, realizada en su país como modelo de desarrollo cultural para cualquiera de las Repúblicas con pasado colonial.

En forma distinta a la mayoría de los huéspedes venidos del extranjero, que por lo común tratan de impresionar con la acentuación de las *diferencias* que pudieran mediar entre ellos y sus invitantes, Santa Cruz hizo su entrada a este país subrayando las semejanzas existentes entre nuestras Repúblicas y la unidad de sus nombres dentro de las más altas aspiraciones de la cultura humana. El hecho de venir de un país pequeño, distante o relativamente desconocido para nosotros, no fué esgrimido por el huésped. El era un chileno, pero situado frente a nosotros de igual a igual. Nada extraño nos separaba y por el contrario, nos unía la naturalidad con que supo iluminar nuestro primer encuentro.

El término medio de los músicos se presenta por lo general ante los ojos del extranjero, o lamentándose de la inferioridad de su propio país y de las escasas oportunidades que allí se le ofrecen, o bien haciendo sentir la superioridad de éste y de su posición dentro de él. Pero en este «leader» de la música chilena, nos encontramos con un hermano en las armas que en todas las situaciones adoptó una actitud modesta y segura. Es posible que una parte de esta seguridad proviniera de su formación diplomática en las leyes, prácticamente desconocida en combinación con la música de este país. Si hubiera sido un hombre de mundo, no habría podido llegar a la altura que éste ha alcanzado como compositor. Pero cuando se tiene la base musical necesaria, no hay duda de que esto puede procurar una experiencia cultural y una fuerza de personalidad rara y envidiable en el extranjero.

Como ejemplo de lo que acabo de afirmar y de cómo esto se traduce en la práctica, sería interesante que los chilenos supieran en qué forma estuvieron representados en este país en un campo tan altamente especializado como es la música.

Con la ayuda de la Fundación Rockefeller, nos fué posible reunir en el Congreso Bienal de Educadores Musicales de Milwaukee (1942), a diez destacados músicos de seis Repúblicas Americanas. Estos tuvieron reuniones diarias y a puertas cerradas al fin de cada jornada de trabajo, presididas por Domingo Santa Cruz, a quien ellos mismos eligieron para el efecto. Todos los que le vieron actuar en esa oportunidad, confesaron más tarde de que nunca se habían enfrentado a un ser más absolutamente franco y sin inhibiciones

para plantear los más variados problemas dentro de su especialidad.

Durante algunos años, la vanguardia de los compositores e investigadores norteamericanos se sintieron altamente confundidos por el desarrollo de la enseñanza musical en las escuelas de los Estados Unidos, especialmente en secundaria, donde primaba un espíritu exhibicionista, guiado principalmente por el propósito de impresionar con grandes actividades y poderosa organización, descuidando en la forma más alarmante la calidad de la música empleada para el efecto. Cuándo, como representante extranjero, se solicitó a Domingo Santa Cruz el dar una opinión al respecto, habló con tanta propiedad a los profesores, que todos quedaron convencidos de que no era posible que una organización de tal importancia o un instrumento tan maravilloso pudiera emplearse en la interpretación de tan mala música.

Esta crítica ya había sido hecha a los educadores norteamericanos por muchos de sus compatriotas. Pero el oírla con tanta precisión y franqueza por un visitante extranjero, y en correcto inglés, fué especialmente impresionante para ellos. Nosotros los norteamericanos tenemos por lo menos una cualidad encantadora: nos gusta ser criticados por los extranjeros, más aún cuando sabemos que tienen razón y mucho más cuando despiertan el respeto que supo despertar Santa Cruz en esta oportunidad. Los resultados de su participación en estas reuniones fueron insospechables entonces. Hasta hoy día uno se encuentra con gente que evoca estos hechos y dice: «¿Recuerdas a ese chileno que con tanta justicia nos tiró las orejas?»

Posiblemente el hecho de que Luis Sandi, de Méjico y Juan Bautista Plaza, de Venezuela volvieran al Congreso siguiente en Cleveland, impulsados por el mismo espíritu renovador, se haya debido al ejemplo dado por Santa Cruz.

Esta campaña en pro de la buena música es algo vivo y la lucha por conseguir calidad debe continuar. Nada más indicado que el espíritu como el de Santa Cruz para pelearla y defenderla una vez ganada. Existe también un lugar para la música de otras categorías y mucha gente para darle sustento.

Quiero celebrar el Premio Nacional de Arte otorgado a este hombre extraordinario, sin olvidar al valiente grupo de jóvenes que Santa Cruz ha sabido congregar a su alrededor para qué perpetúen su magnífica obra. Dios permita que ellos vivan en la prosperidad por largo tiempo y que la unión de América a través de la música sea cada día más estrecha.

Ch. S.

CARLETON SPRAGUE SMITH.—(Musicólogo, Jefe de la Sección Música de la Biblioteca Pública de Nueva York).

Domingo Santa Cruz es una personalidad sobresaliente que ha influenciado la vida musical de una generación. Uno pone a Santa Cruz al lado de Carlos Chávez y Heitor Villa-Lobos, como uno

de los grandes organizadores y creadores de música al sur del Río Grande.

Santa Cruz es un hombre de ideas fuertes, templadas con un gran sentido de humor. Para muchos, esa es una de las cualidades sobresalientes de Santa Cruz. Al mismo tiempo, su mejor música es sumamente seria. Chileno y al mismo tiempo cosmopolitano Santa Cruz desea ante todo calidad y perfección; hay pocas personas que toman la escuela creativa nacional tan en serio como él.

Como otros organizadores creadores, Santa Cruz quiere las cosas a su manera y critíca principios estéticos, los cuales no aprueba. Al mismo tiempo, muchos de los músicos importantes del pasado han sido caractéres positivos y Domingo Santa Cruz no es excepción a la regla.

C. S. S.

ERIC SIMON.—(Director de Orquesta, británico).

Acabo de enterarme que se le ha conferido el Premio Nacional de Arte al compositor y Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, maestro Domingo Santa Cruz.

En varias oportunidades, al incluir obras de autores chilenos, y muy especialmente las de este compositor, en mis conciertos en Gran Bretaña, Canadá y Uruguay, he dado viva expresión a la gran admiración que siento por él como compositor e inspirador de la actual intensa vida musical chilena, la cual he creído en todo momento, debía difundirse más allá de las fronteras de su patria. En mis repetidas visitas a Santiago, he tenido ocasión de cultivar su amistad con la que me honro, y he podido apreciar la magnífica labor que ha desarrollado al frente del Instituto de Extensión Musical, considerándolo un Instituto modelo en América Latina y cuya fama se ha difundido en Europa.

Sé cuánto han influído sus enseñanzas en la joven generación de compositores chilenos. Su talento unido a una gran sabiduría y gran capacidad de organización, han hecho posible que el rumbo que sigue hoy la vida musical de la república trasandina pueda considerarse ejemplar. Los Festivales de Música Chilena, los Conciertos de Música Contemporánea, la ejemplar Orquesta Sinfónica y la labor en el terreno de la organización y difusión de la música coral, son resultados de su energía, previsión y entusiasmo.

Al hacer llegar estas líneas, quiero expresar que aunque separados en el espacio, estoy cerca de la alegría que deben sentir Chile y América toda al haberle otorgado tan justo premio.

E. S.

ENRIQUE SORO.—(Compositor chileno).

Domingo Santa Cruz es tal vez el músico más preparado que tenemos en Chile y quien, indiscutiblemente, ha llegado a grande altura como Compositor, Profesor y en varias otras actividades artísticas.

A él, en gran parte, se le debe la creación del Instituto de Extensión Musical, el que puede considerarse como un Monumento entre todas las iniciativas artísticas de América.

Es, por todas estas razones, que, formando parte del Jurado, en representación del Ministerio de Educación Pública, que debía en el presente año otorgar el Premio Nacional de Arte, di mi voto a Domingo Santa Cruz, pues nadie merecía más que él esta distinción.

E. S.

DAVID VAN VACTOR.—(Compositor y Director de la Orquesta Sinfónica de Tennesse).

Para expresar la gran estimación que tengo de Domingo Santa Cruz y la admiración que profeso por su obra de creador y organizador, es preciso tener dotes literarias mucho mayores de las que poseo. Trataré, no obstante de expresar mi pensamiento con el sincero deseo que mi entusiasmo pueda suplir la pobreza de mi pluma de escritor.

Tuve el privilegio de conocer a Domingo Santa Cruz en 1941, durante la jira que el «Quinteto de Vientos Norteamericano» realizó por América del Sur, bajo los auspicios de la Liga de Compositores de Nueva York. En pocos días nos hicimos amigos y esta amistad siguió profundizándose en sus visitas a Chicago, Milwankee, Evanston y otras ciudades americanas. Siempre han coincidido nuestros puntos de vista acerca de la música, de la necesidad de enfocar su enseñanza con nuevas miras y de soportar toda iniciativa que tienda a la difusión de la obra de los compositores contemporáneos.

En 1945, el Gobierno de Chile me honró invitándome a pasar ocho meses en Santiago, como director huésped de la Orquesta Sinfónica de Chile y Profesor del Conservatorio Nacional. Viajé a ese maravilloso país acompañado de mi esposa y de mis hijos. En todo momento el entusiasmo y gran espíritu de Domingo Santa Cruz, me sirvieron de guía en Chile y han seguido, desde entonces, prestando ayuda al desarrollo de todas mis actividades en Estados Unidos.

El Gobierno chileno debe ser felicitado por su iniciativa de reconocimiento a la obra de Santa Cruz al través del Premio Nacional de Arte. El es ciertamente lo más sobresaliente que ha producido la vida musical chilena y ocupa un alto lugar entre los compositores contemporáneos del mundo. ¡Para él mi saludo!

D. V. V.